

XIX.

DETRAS DE LA PUERTA.

No era tan hipócrita mistress Needle que negára el desengaño sufrido, ni estaba tan desprendida de su religión que fuese á confesarlo. ¿Qué hacer, por consiguiente? Disimular y no decir palabra, cubriendo así las ignominias de sus queridos, siempre queridos valdenses. Apenas se hubo librado de la enfadosa guía, ocurriósele desquitarse del consuelo espiritual fallido, yendo á oír el sermón del ministro protestante. Habiendo llegado de Pinerolo con el primer *tren*, arribaba precisamente cuando aquél presentábase á su pequeño auditorio esparcido en el gran salón.

Parecióle á mistress Needle que casi todo y lo mejor del discurso corría llanamente, ajeno á los escollos dogmáticos, en las vagas regiones de una moral aérea, que podía servir lo mismo para un gentil de Australia que para un católico de Roma, y semejante por demás á una gárgola de agua fresca. El pastor había descubierto desde su principio á la bienhechora inglesa, y no faltó á la cortesía, perfumándola con algunos elogios á la Iglesia anglicana, los cuales aceptó la Needle con dulce satisfacción. Mucho más puso de realce su sincero júbilo cuando terminó el predicante con una exhortación ferviente á la tolerancia universal. Comprendió perfectamente que se trataba de apagar las disidencias entre los secuaces del *valdismo* y los *evangélicos* independientes, quedando en su virtud edificada.

Habiéndose detenido algunos minutos después de la función para saludar al ministro, debió naturalmente comenzar por rendir cuenta de su retorno anticipado, y confesó la verdad. El buen pastor aprovechó la coyuntura para remachar lo que dijo Elvira, por supuesto entre multitud de protestas de su muy alta y sincerísima veneración á la santa iglesia *valdense*, á la

cual gloriábase de pertenecer, á pesar de que habían estado á punto de repelerle y excomulgarle. No se puede con palabras expresar cuánto estas confesiones arrancadas (creía la Needle) por la fuerza de la verdad, dilataban la herida cruel del corazón de la ferviente admiradora del *valdismo*: no concluía de lamentar su contratiempo y sus días de viaje, más que inútilmente perdidos. Por ello el ministro gozoso respondió, con gran desenvoltura:—¡Oh! ¿Por qué no se repone la señora del disgusto suyo y mío? Decíame el corazón que debía evitároslo; pero me faltó valor para combatir su intento. Veníais de la Gran Bretaña resuelta tan firmemente á ir en peregrinación á los Valles, que me pareció descortesía oponerme. Haced lo que os diré; para ir á Florencia podeis emprender la vía de Génova. En Génova sí que la Reforma surge gallarda y batalladora; allí encontrareis cosas que alegran la vista y el corazón; templos, escuelas y favor público. Sin contar con que, marchando de Génova á Liorna, disfrutareis de aquella série de vistas encantadoras, por las que sonríe toda la ribera de Levante. Se ven delicias, delicias cada vez nuevas, de marinas, de montes, de golfos y de sinuo-

idades, sobres cuyas pendientes se sientan paisajes, villas, casas de recreo; en suma, cuanto el arte y la naturaleza pueden reunir para contentamiento de los ojos.—En fin, tanto supo decir el ministro en favor de la vía de Génova, que la señora salió del templo *valdense* con el propósito de preferirla á la de Bolonia. Esperaba que, además de la distracción ansiada sobre todo encarecimiento, podría reponerse un poco del percance de la expedición infeliz á los Valles, demostrando á su familia que al fin de cuentas el protestantismo vive y prospera en Italia.

Supo en la fonda que la joven aun no había vuelto á su casa; y para librarse del fastidio de la soledad, se abandonó sobre un sofá, poniéndose á recorrer los periódicos del día. Pasaron así dos largas horas, tristes, porque, aun leyendo los diarios, no podía olvidar su pobre aventura, y las desoladas historias de sus queridos hermanos valdenses. Oyó de pronto los pasos y la voz de Julia, que subía las escaleras, hablando con Kelerina. A poco entró muy lista en la estancia principal.

—¡Oh! exclamó Julia, viendo á la señora: ¿tan presto?

—Mas presto de lo que aguardaba. Ha-

llé tanta nieve, que perdí el aliento. ¡Están Clara y Clemencia tan delicadas!

—No todo el mal viene para dañar, respondió Julia; consolaos, pues estaremos antes en Florencia.

—Y tú, ¿cómo te has distraído aquí? preguntó la señora.

—La palabra *distraído* no es propia, por haber logrado consuelos y delicias maravillosas.

Mistress Needle, por el pique consiguiénte á su fortuna tan contraria, dijo con viveza:—Eres hija de la gallina blanca; yo, por el contrario, soy un saco de desdichas. ¿A dónde has ido?

—A recorrer las iglesias con Kelerina.

—¿Y qué has hallado de nuevo?

—Nada: he querido proporcionarme la satisfacción de ver este pueblo innumerable, que hace tanto tiempo no veía; estoy embriagada de incienso, de luz, de órgano y por añadidura he oído medio sermón. Me parecía estar en Nápoles....

—Dilo todo, Julia: también te habrás confesado y recibido la santa Cena.

—Es claro, ha sido el primer pensamiento, respondió Julia con ingénuo sonrisa.

—¡Oh! ¿Es que aquí conocíais algún ministro?

—No, no; nosotros nos arrodillamos en el primer confesionario que se presenta, y el conocimiento se hace pronto lindamente.

—¿Y tienes resolución para espontanearte con uno á quien no habias visto nunca?

—Sin duda; héme acercado llena de confianza, y, después de absuelta, he recibido la santa Comunión, como decimos nosotros; lo ha hecho también Kelerina, quedando todo muy liso; sin la menor arruga. Naturalmente: nosotros hallamos en todas partes la misma fe, la misma moral y las mismas costumbres.

Esto último hirió en el vivo de su corazón á mistress Needle, que no supo contener un suspiro:—Sí: ya lo he dicho; debo ser la única desgraciada: tú hallas rosas en el desierto, y espinas yo en el jardín. Había ido á Pinerolo con el deseo de contemplar una segunda edición de la Iglesia primitiva, pero me ha tocado conocer que ha sembrado en ella el enemigo la zizaña. Basta; no toquemos este asunto: es cosa de perder la cabeza. Anda, quítate la ropa, y entre tanto diré á Tom que ponga la comida en la mesa.—Y salió de la sala.

Kelerina estaba ya en el cuarto de Julia, con el fin de ayudarla, y, creyendo que mistress Needle se detenía dando disposiciones en las estancias de la parte opuesta, comenzó á decir todo lo que recordaba (tenía muy suelto el frenillo de la lengua), sobre lo visto aquel día y sobre cien cosas más, sin considerar que la puerta daba en el salón precisamente, que había vuelto la señora, y que oía perfectamente sus palabras. Primeramente, mistress Needle tuvo la intención de asomarse y de ordenar á la cotorra que callase de una vez; pero no se atrevió, por respeto á Julia. Pronto, al oír pronunciar el nombre de miss Mary, le picó la curiosidad de saber lo que decían de ella. Kelerina no acababa de referir los agravios que creía firmemente haber recibido de la quisquillosa vieja; pero Julia de vez en cuando la interrumpía, casi defendiendo á la pobre ausente. Mucho más vencida por la curiosidad, se acomodó á uno de los lados de la puerta, que á medio abrir estaba, enterándose perfectamente de toda la conversación.—Quisiera viajar siempre, exclamaba Kelerina con viveza, precisamente á fin de no tener que habérmelas nunca con miss Mary: con las señoritas me va perfectamente; sólo la pequeña me ri-

ñe porque la sábana tiene arrugas, ó porque la funda de la almohada está mal planchada, ó porque la cubierta no está bien limpia, ó porque el jabón no huele á lo que desea; nada deja por decir, y su mamá se lo aprueba todo.

—Eres una lenguaraz, una lenguaraz extraordinariamente grande: ya verías si hubieras de servir á otros señores.

—¡Oh! Lo digo también yo: no me lamento de nada. Tuve un placer loco cuando la señora me dijo que me preparase para el viaje y fuese también camarera de las niñas, porque miss Mary no venía con nosotros. Si ella no está con el fin de meter zizaña, todos contentos. Además, es preciso decirlo, hago lo que puedo; he sido camarera en la principal fonda de Innsbruck; damas y princesas quedaban satisfechas de mí; ¡qué liras tan hermosas me daban de propina! Lo sabe mi madre, á la cual todo lo entregaba, sin retener un *creuzer* para mí. No tengo ambición. No soy tampoco de aquellas que lo invierten todo en lazos: yo no; cuando estoy limpia, tengo bastante. Casi nada gasto para mí: envío cada trimestre algo á mi casa. ¿Qué quiere que gaste? De lo que deja la señora me visto como una novia. ¡Oh! si hubiese de volver al país,

harina fuera de otro costal. Allí lograría una buena mesada, porque segura estoy de que la dueña de la fonda me tomaría nuevamente con placer. Era tan buena, ¡pobrecita! y me quería con el alma: lloró cuando la dejé. Ciertamente no pensaba salir de allá; fué mi madre la que absolutamente me quiso acomodar con esta señora. Y sin embargo, siendo mayor de edad, pude hacer lo que me pareciese. ¡Ah! Si hubiera sabido que tenía que tropezar con los regaños y maquinaciones de miss Mary, me hubiese asido á la fonda, y ¿quién me saca? porque debe saber

—¡Oh! Cierra tu boca, dijo Julia interrumpiéndola: sé de memoria estas fruslerías. Son exageraciones tuyas: ¿no te avergüenzas de quejarte siempre de aquella pobre vieja?

—¡Es tan mala!

—¿Tan buena eres tú acaso? Esta mañana has recibido la Comunión, y ya estás haciendo un vestido á los otros. Vamos, cállate. Si ella es mala, es buena la señora que no cesa de hacerte bien. ¿Convienes? Sufre, pues, á la una por amor á la otra.—

Mistress Needle se llenó de placer oyendo esta razón tan honrosa para ella. Con-

tinuó diciendo Julia:—Como me atruenes de nuevo los oídos con estas habladurías, te reñiré yo de peor manera que miss Mary.

—¿Vos? No sabrías encontrar siquiera el tono: sois demasiado buena. ¿Qué me diríais para reñirme?

—Comenzaría diciéndote que haces muy mal en permanecer aquí charlando de cosas insignificantes, mientras quizás las señoritas tienen necesidad de tí para vestirse

—Está la camarera de la señora.

—Vaya, déjame ya tranquila: ten la bondad de irte.

—Me voy en seguida; decidme sólo una cosa: ¿qué tenía la señora, que me pareció muy preocupada?

Mistress Needle hizo con la mano un pabellón para sus oídos, y se acercó más á la puerta. Julia respondió á Kelerina:—No es cosa que te incumbe, ni á mí. Anda; vete, vete.

La Needle respiró. Mas Kelerina, cuyos pretextos é importunidades no acababan jamás, añadió:—¿Sabeis que cosa deberíais hacer? Contar á la señora el milagro que hoy hemos visto

—¡Oh santa paciencia! Vete á tus quehaceres.

—Pues bien: lo contaré yo á las señoritas esta noche al meterlas en la cama.

Mistress Needle estaba en brasas; pero salió de pena por la siguiente contestación de Julia:—Espero que tendrás bastante juicio para no decir una palabra de milagros. Ruega por todos, y nada más. Como hables, aunque sea poco, de religión, á las señoritas, no vuelvo á mirarte á la cara,

—¡Bien, bien! exclamó en su interior mistress Needle; á lo menos Julia se propone cumplir sus promesas.

Kelerina no se convencía por tan poco, y con su sencillez locuaz añadió:—No comprendo por qué no se ha de poder contar un hermoso prodigio, que honra tanto nuestra Religión santa.

—No le hace que tú no lo comprendas; basta que sepas callar, para que no sufra la señora. ¿Tanto se necesita para comprender que á los protestantes no les importa poco ni mucho un milagro, y que serías probablemente la causa de que aquellas inocentes dejasen salir de su boca alguna irreverencia contra Jesús sacramentado?

—Cuando supiesen que nosotras con nuestros ojos habíamos visto. . . .—

Al llegar á este punto, más pudo en la Needle la curiosidad que sus hábitos de gravedad y moderación; tosiendo un poco, y dando fuerte con los talones en el suelo, á fin de indicar que llegaba entónces, empujó la puerta, diciendo:—¿Se puede. . . ? Se oye desde el fondo del salón hablar á Kelerina de milagros ¿qué milagros has visto tú?

—No le hagais caso, dijo Julia entrometiéndose: es una equivocación suya.

—¿Cómo equivocación, si grita: milagro, milagro?

—Quiere decir que hoy ha visto una iglesia edificada en el lugar de un milagro. He aquí todo.

—Esto precisamente quería decir.—Y con buenos modos se deslizó de allí, sin que dijese ya una palabra.

La Needle había oído afirmar el milagro no sólo por Kelerina, sino también por Julia, y sospechando, según costumbre, que acaso querían ocultarle algún extraño suceso visto durante aquel día, replicó:

—¿Es que has visto alguna extravagancia?

Julia, con el fin de aumentar el apetito de la señora, hizo el papel de las tercas:—

No es cosa para vos; creedme, dejadlo correr.

La Needle, con más ganas que nunca:— Pero ¿qué ha sido? ¿Alguna engañifa, algún abuso, alguna ilusión que se prepara en las iglesias de aquí á los forasteros?

—¡Oh! Esto no: mas ¿de qué sirve que os cuente una leyenda? Ni os haría buen provecho.

—¿Qué te importa? Dímelas, para complacerme. Ya sabes que me gusta saber muchas cosas, verlo todo, y respetar, por añadidura, cuanto respetan los otros en su conciencia.

—Cuando querais, no tendré la menor dificultad en referirlo con todos sus detalles, ni en llevaros á ver el monumento.

—¡Oh! ¿Hasta existe un monumento?

—Sin duda, respondió la joven; ¡y qué monumento!

—¿Está lejos? preguntó la inglesa.

—Diez minutos en carruaje.

Mistress Needle miró su reloj, y dijo:— Dejémoslo para mañana, y vamos á comer: Mas yo me maravillo mucho de que, habiendo estado varias veces en Turín nadie me haya jamás hablado de ello; ya sabes que soy entremetida para descubrir lo curioso que hay.

—Puede depender de las relaciones que aquí tengais. Por lo demás, puedo deciros que el suceso es uno de los más famosos prodigios que se leen en los anales del mundo, así como una de las más lindas iglesias de Turín el monumento que lo recuerda.

—¿Y tú lo crees? preguntó la señora.

—Como creo que os hallais delante de mí: si tuviese duda, comenzaría también á temer que había perdido la cabeza.

—¿Luego, añadió mistress Needle, tú me creerás loca porque no asiento?

—¡Oh no, señora! Mil veces no. Vos no podeis creer lo que no habeis oído: aun cuando así no fuese, los católicos no reputamos incrédulos, impíos y ateos á los que no creen en los prodigios no revelados.

—¡Oh! ¿Qué dices ahora? He oído siempre que los católicos consideran de fe todas las leyendas de la Virgen y de los Santos; tú eres ahora medio hereje

—¡Si supiéseis, contestó Julia con una sonrisa, cuántas cosas os hacen creer de los católicos!

—Luego por lo que hace á los milagros, ¿piensan como los protestantes?

—Vais demasiado lejos: nosotros decimos solamente que se puede admitir como

verdadero ó rechazar como falso este ó aquel milagro, sin ser hereje. Mas si alguno se obstinára en rechazar por falso este ó aquel prodijio, aun después de haberlo examinado la eclesiástica autoridad, aprobándole como verdadero, entónces sería necio, temerario é irreligioso; pero no hereje aun porque la Iglesia no propone tales hechos, sancionados por ella, como cosas de fe.

—En suma, dime tu milagro, y déjate de cuentos.

Al decir estas palabras, entraba un doméstico en el salón, y decía en alta voz:—La señora está servida.—La Needle se dirigió á Julia, diciendo:—Tanto mejor; así no entraremos en cuestiones religiosas.

XX.

EL MILAGRO Y SU LOGICA.

Apenas se había sentado á la mesa la familia, cuando la Needle, compelida por su altivez anglicana y por su miedo á las supersticiones papales, se dejó vencer, y dijo:—Oid; mañana miss Julia os dejará ver un templo, en el que ha ocurrido un milagro: cuidado, hijos, con no respetar la iglesia; nadie os fuerza á ir á los lugares católicos, y mucho menos á creer sus leyendas; más, si entráis, acordaos de la buena educación, y de no dar muestras de desprecio, sea lo que sea lo que refieran.

Julia:—No temais, señora; el sitio y el